

# BÚSQUEDA

es una sección que la revista ofrece, de manera ocasional, para profundizar sobre temas trascendentes de cualquier materia, por medio del diálogo entre dos analistas. Esta reflexión se podrá leer en un mismo número o en publicaciones sucesivas.

La posibilidad de lograr el encuentro entre cubanos divididos ha sido una preocupación que ha marcado, en los últimos años, las agendas particulares de algunos sectores sensibilizados con el tema cubano. La necesidad de sanar las heridas del pasado para lograr una mayor armonía entre los nacidos en la Isla es una asignatura pendiente que sigue gravitando sobre la comunidad nacional. Todo empeño político que pretenda brindar una solución integral a nuestros problemas deberá tener presente, necesariamente, el delicado tema de la reconciliación entre cubanos. Por este motivo -y por la insistente alusión a la temática que han realizado importantes personalidades cubanas en los últimos tiempos- *Espacio Laical* ha decidido dedicarle su sección *Búsqueda*.

Brindan sus criterios en esta oportunidad la doctora Marifeli Pérez-Stable, académica cubana radicada en el sur de la Florida, y el licenciado Roberto Veiga, abogado y editor de la revista *Espacio Laical*, órgano del Consejo de Laicos de la Arquidiócesis de La Habana.

Marifeli Pérez-Stable es vicepresidenta del Diálogo Interamericano en Washington D.C. y profesora de la Universidad Internacional de la Florida. Desde la emigración ha estado íntimamente vinculada al empeño reconciliatorio. Por su parte Roberto Veiga, como laico e intelectual católico, incursiona en el tema desde las coordenadas de su fe cristiana, sacando a la luz el magisterio de la Iglesia Católica cubana sobre la cuestión. Precisamente algunos sectores intelectuales de la emigración y la Iglesia Católica -en la voz del cardenal Jaime Ortega, arzobispo de La Habana- han sido los dos polos de la nación desde donde con más insistencia se ha incursionado en el asunto.

## Paz y serenidad: pilares de nuestra reconciliación

Por MARIFELI PÉREZ-STABLE

Intentaré ofrecer una breve reflexión acerca de la reconciliación entre los cubanos divididos o enfrentados -un tema poco aceptado por muchos y bastante polémico. Para hacerlo, me basaré en cuatro aspectos conectados con el tema.

El primer aspecto está relacionado con la reconciliación de cada cubano y cada cubana consigo mismo/a.

En tal sentido, puedo decir que la inmensa mayoría de los cubanos acogimos el triunfo de la Revolución con alegría y esperanza. Sin embargo, a lo largo de cinco décadas numerosas de esas emociones ya no son las mismas. Sin duda, algunos conciudadanos nuestros (¿cuántos

exactamente?) aún mantienen ese fuerte vínculo afectivo forjado a principios de los años 60 que hizo de la Revolución un símbolo casi místico.

Es natural que las heridas y el dolor acumulados, de un lado y del otro, generen rabia, aunque por sí sola no es un problema mayor. Cuando ésta se convierte en odio -es decir, cuando no logramos ponerla en su sitio a fin de que no nos desgaste espiritualmente- sí lo es. Lo cierto es que muchos cubanos, en la Isla y en la diáspora, sienten odio. Y esto es un desafío. Pues el rencor y el deseo de venganza no deben marcar las pautas de un reencuentro nacional que nos conduzca a una Cuba inclusiva.

Otro aspecto importante se refiere a la reconciliación familiar.

En cuanto a ello, es donde más ha avanzado la reconciliación. Comenzó a fines de los años 70 con los viajes de reunificación familiar y ha seguido un curso cada vez más profundo e irreversible. Durante los años 90 se estrecharon los lazos familiares por la frecuencia de los viajes a Cuba, por las visitas de cubanos de la Isla a sus parientes en la diáspora y por las remesas enviadas por éstos a sus familias en Cuba. Pese a un contexto político en buena medida acechado por la polarización y el desencuentro, las familias cubanas en su intimidad han alejado prácticamente la política como razón de discordia y separación. Cabe subrayar que la política de Estados Unidos también obstaculiza la reunificación familiar por las restricciones a los viajes impuestas en 2004.

La reconciliación en la diáspora, es el tercer aspecto.

Acerca de este tema, debo reconocer que la diáspora se ha alejado de la violencia política que la caracterizó, sobre todo en los 70. Aún así, la convivencia fuera de Cuba requiere cuidado y atención. Los cubanos en el exterior, sobre todo en Miami, tenemos la responsabilidad de hacerla cada vez más cívica, dialogante, abierta e inclusiva. Esta reconciliación está al alcance de todos, si bien requiere que todas las corrientes políticas se aparten de la mentalidad guerrera que considera traidores a los que disienten. Aunque hemos avanzado, aún queda camino por recorrer.

Y el cuarto aspecto es el tema de la reconciliación política.

A más largo plazo podría darse un nuevo pacto político, producto del encuentro entre actores con criterios diferentes, desde una conciencia cívica de ciudadanía que se sustente en el aporte al bien común.

### **Paz y serenidad**

El camino de la reconciliación no es fácil. A partir de la década del 30, una polarización creciente marcó nuestra política. El período entre 1940 y 1952 se distingue tanto por el respeto a las libertades como por la corrupción administrativa. Como consecuencia de ésta, muchos cubanos sintieron que los ideales de la Revolución del 33 se habían frustrado. En la década del 50, la dictadura de Fulgencio Batista exacerbó los ánimos más aún. Estos son antecedentes de la polarización generada después, durante la Revolución.

En este breve ensayo no elaboraré estos cuatro puntos, intencionalmente, no sólo por falta de tiempo y espacio. Pese a que los extremos de un lado y de otro la descartan, la reconciliación ya empezó. Aunque ha habido y habrá tropiezos. A mi juicio, los cuatro aspectos señalados son ineludibles. Sin embargo, soy un tanto alérgica a los escenarios: la vida siempre sorprende y ojala que, esta vez, lo haga para bien. Dada la imprevisibilidad de lo que nos espera, me parece más oportuno destacar el tema de nuestros sentimientos en torno a la política y la necesidad

## **Si en vez de odio y oscuridad empuñamos la luz y la generosidad, quizás logremos una Cuba donde todos podamos contribuir.**

para nuestra política de que cada vez seamos más los cubanos y las cubanas que hagamos las paces con nosotros mismos y nos imponemos la debida paz y la necesaria serenidad, requisitos ineludibles para alcanzar la concordia entre todos. En algún momento tendremos que actuar con una aguda destreza política que rendiría mayores y mejores frutos, y eso será posible si nos mueve una fina inteligencia emocional.

### **La fundación de la República y el triunfo de la Revolución: Dos momentos insignes**

Unos días antes del 1º de enero de 2004, un amigo me preguntó: ¿Cuál es el saldo de la Revolución 45 años después del triunfo? Mi respuesta: “Cabría sacar el saldo político. Prefiero, sin embargo, sacar otro: el de nuestros sentimientos. Aquel 1º de enero fue recibido por un júbilo nacional casi sin precedentes y digo casi porque -Enmienda Platt aparte- la fundación de la República suscitó una alegría parecida. En ambas ocasiones, la inmensa mayoría depositó sus esperanzas en la nueva Cuba que nacía. Por el camino, sin embargo, muchos cubanos consideraron que éstas habían sido defraudadas y la rabia se apoderó de ellos. Hoy no es así. Cada día somos más los cubanos, en la Isla y en la diáspora, que sanamos nuestras heridas, abrazamos a nuestros familiares del bando opuesto y nos reconciamos con nosotros mismos. No le tememos a la luz ni a la generosidad”.

El triunfo de la Revolución el 1º de enero de 1959 representó un júbilo nacional que nunca debe ser cuestionado ni olvidado. Las diferencias y las polémicas surgen respecto a la trayectoria de las cinco décadas transcurridas desde entonces. Aunque era una niña, por alguna extraña razón, siempre me interesó la política y recuerdo muy bien las imágenes que transmitía la televisión, sobre todo las de la marcha triunfal del Ejército Rebelde de Santiago a La Habana y el discurso del comandante Fidel Castro Ruz en Ciudad Libertad el 8 de enero de 1959.

**BÚSQUEDA**

Cuando escribí *La revolución cubana: Orígenes, desarrollo y legado*, esas imágenes estuvieron muy presentes. Asimismo, mis recuerdos de entonces marcaron mi desarrollo personal y político: por haber compartido, desde un reparto exclusivo de La Habana, el orgullo nacional que la Revolución propició; por haber salido de Cuba con mi familia a fines de 1960 cuando nos pareció imposible aceptar la nueva Cuba que nacía; y por haber apoyado a la Revolución en los años 70 y 80.

A fines de los 90, me adentraba en un proyecto de investigación para un libro aún pendiente: *El largo siglo XX cubano (1868-2002)*. En la Biblioteca de la Ciudad de Nueva York me tropecé con la marcha cívica de Don Tomás Estrada Palma de Gibara —en 1877 los españoles lo habían expulsado desde ese puerto— a La Habana, entre el 20 de abril y el 11 de mayo de 1902. Estrada Palma hizo paradas en Holguín, Bayamo —su ciudad natal—, Manzanillo, Santiago de Cuba, Santa Cruz del Sur, Sagua La Grande, Cienfuegos, Santa Clara, Cárdenas y Matanzas, antes de llegar a La Habana. En todas partes, Don Tomás fue recibido por “el pueblo en masa compacta” que le tiraba ramos de flores a la par que ondeaba banderas cubanas y coreaba “Vivas a la República y al Presidente”.

La entrada en La Habana fue realmente apoteósica. A partir de las 4 de la madrugada los capitalinos se pusieron en movimiento. Izaron banderas, terminaron las decoraciones de sus casas, salió hacia los muelles para asegurarse un puesto o montar una de las numerosas embarcaciones, muchas con bandas y orquestas de toda Cuba, que saldrían a darle la bienvenida a Don Tomás. Más de 70 mil personas se congregaron en los muelles. Cuando el barco de vapor Julia, el primero que izó la bandera cubana, entró en la bahía todos los presentes en los muelles y en las embarcaciones entonaron el himno nacional. A las 9:40 de la mañana, Estrada Palma pisó tierra firme habanera y la ciudadanía lo recibió con “aclamaciones delirantes y aplausos prolongados”.

**La convivencia fuera de Cuba requiere cuidado y atención. Los cubanos en el exterior, sobre todo en Miami, tenemos la responsabilidad de hacerla cada vez más cívica, dialogante, abierta e inclusiva.**



A partir de la segunda intervención de Estados Unidos (1906-1909), la primera República fue perdiendo su brillo, los cubanos se desilusionaron y la marcha de Don Tomás pasó al olvido. Así y todo, intento rescatar para nuestra memoria colectiva el júbilo que, pese a la Enmienda Platt, la fundación de la República desató en los cubanos de aquella época. La trayectoria republicana entre 1902 y 1933 no tiene por qué anular la alegría nacional de que al fin Cuba nacía como República. No se trata, sin embargo, de negar la memoria del desencanto para imponer la del júbilo. Ambas pueden y deben coexistir en la historiografía y en nuestro imaginario nacional.

#### Final

De una manera o de otra, Cuba se acerca a una nueva coyuntura que inevitablemente traerá consecuencias inesperadas. Estemos alertas a las oportunidades políticas que surjan y respondamos a ellas con una fina inteligencia emocional. Si en vez de odio y oscuridad empuñamos la luz y la generosidad, quizás logremos una Cuba donde todos podamos contribuir. Pero para conseguirlo, repito, se hace ineludible sanarnos espiritualmente y cultivar una adecuada inteligencia emocional.



**BÚSQUEDA**